

-escofinar, raspar con el cristal, lijar, dar cera y bruñir con la pata de cabra y la bisagra de hierro o de madera-, se apoyan la bota contra el peto y constantemente sobre sus rodillas.

Era natural que las mismas exigencias del taller obligaran a Francisco a iniciar la venta de calzado hecho en su casa de la calle Resa y que se fuera luego Inocente buscando el Cristo Villajos para continuarla en sitio mas visible y transitado, aunque no con mucha abundancia, porque todas las iniciaciones son difíciles y penosas.

En el Cristo no tuvo ya tampoco la zapatería el carácter aquel de casinillo de la calle Resa, divulgador de la ilustración y difundidor de las luces del siglo, donde los médicos de la calle, Manzanque y D. Enrique, pontificaban y proclamaban las maravillas de los principios y la sublime pureza de los ideales.

Muchas veces, los oficiales mayores, trabajaban por su cuenta. Se ponían en común los de algunas mesas y no siendo en vísperas de fiestas grandes, la semana que repartían a dos duros estaban de enhorabuena, trabajando los domingos hasta medio día, que cobraban. Claro, que luego, hasta el martes no había quien pudiera contar con ellos. porque muchos lunes les amanecía echando el truke. Por eso decía la gente:

"Tienen los zapateros,
malas costumbres,
trabajan los domingos,
paran los lunes."

Y en las Pascuas y Ferias se pasaban dos o tres días sin acudir a sus casas.

Francisquillo el sillero, que era de la cuadrilla de allí abajo, movía el baile hasta las tantas y luego seguían con el truke, sin acabar con la paciencia de las mujeres, que cuando les daban las 8 o 10 pesetas de la semana les decían con sorna, "toma, a ver si tienes para perdices o conejos". Y ellas, tan resignadas, respondían:

—Bueno, no te impacientes, que ya veremos de arreglarnos.

Una mañana llegó al taller uno de los más nombrados, que no se habría acostado muy harto. Se metió en la alacena y vió en una

cazuela un trozo de careta con la geta, que tenía preparado la maestra para poner un potaje y se lo comió.

Al echar mano la Dolores y no encontrarlo salió al taller preguntando quien se lo había comido.

—Yo, yo me lo he comido, dijo el interesado.

—¿Cruda y todo?

—No, no señora, estaba frita, estaba frita.

De los oficiales de Francisco, tan notables todos, parece que el "non plus" fue Sebastián, el que vivía en el Arenal junto a la tienda de la Amalia. La obra que salía de sus manos era irreprochable y eterna y de una vistosidad llamativa que dió lugar a anécdotas graciosas como la que le pasó a Alfonso Atienza con un señor de Madrid que se encaprichó de las botas que le había hecho Sebastián y tuvo que encargarle unas. Se llamaba Sebastián Racionero Ruiz, estaba casado con la María la Minayera y solo tuvo un hijo que se le murió mozo, siendo novio de una Pepica. Era muy sordo, casi como el Mudo, razón por la que tal vez se concentraban tanto en el trabajo uno y otro y tenían poca vida de relación, estando siempre solos.

Cuando se fueron estableciendo en sus casas, todos tuvieron la colaboración de sus mujeres para coser los cortes a máquina; solo la Dolores los cosió a mano, si bien tuvo la primera máquina que vino y hasta oficiala aparadora, co-